

REVISTA DE LA SOCIEDAD ECONÓMICA SEGOVIANA



DE AMIGOS DEL PAÍS.
AÑO XIV. Número 7.º

SE PUBLICA UN NÚMERO CADA MES.

Segovia 22 de Agosto de 1889.

Señores que componen la Comisión de Redacción de esta Revista.

Don Francisco Ruiz Berzosa, (Presidente).—D. Marcelo Láinez.—D. José Rodao.—D. Federico Orduña.—D. Francisco Cáceres.—D. Mariano Llovet.—D. Victoriano Llorente.—D. Félix Gila.—D. Emilio Gómez y Flores.—Don Valentin Sánchez de Toledo.

De los trabajos firmados responden sus autores.

SUMARIO.

Una expedición á «La mujer muerta», por J. RODAO.—La opinión pública en la educación común, por JOSÉ M. TORRES.—Los vinos españoles en París.—El libro y los periódicos.—Bibliografía.—Suelos.—Variedades.

UNA EXPEDICIÓN Á «LA MUJER MUERTA.»

I.

La subida.

Citados previamente mis queridos amigos. Don Félix Gila, iniciador de la expedición, D. Fernando González Bravo y el que estas líneas escribe, á las cinco de la mañana de uno de los pasados días,

tomamos el tren que en pocos minutos non condujo á La Losa, punto de donde habia de partir nuestra excursión científico recreativa.

Queríamos, y al fin lo llevamos á feliz término, almorzar en la cúspide de esa montaña que á todas horas estamos viendo desde Segovia, y que conocemos con el nombre de *La mujer muerta* por que, efectivamente, los enormes peñascos que constituyen el perfil de la montaña, forman una figura que al que la contempla á cierta distancia, parece una mujer tumbada cuya cabeza está por encima de la *Peña del oso*.

Iba Gila cargado con un no pequeño morral en que estaban depositados los comestibles y llevaba en sus bolsillos frascos en los que después trajo curiosos ejemplares de insectos; el Sr. González llevaba todos los chismes necesarios para ir sacan-

do fotografías de lo más caprichoso y raro que á nuestra vista se ofreciera, y yo mapas que representaban aquel terreno y un cuaderno de apuntes que iba llenando con las impresiones del viaje.

Armados de todo esto y á poco más de las seis de la mañana, de una mañana hermosísima, emprendimos nuestra caminata desde *La Losa*.

A poca distancia de esta estación *La mujer muerta* nos ofrecía un hermoso golpe de vista; preparada la cámara oscura, bien pronto quedó impresionada una placa con aquella montaña hacia la que dirijiamos la vista ansiosos de llegar á ella.

Ya cerca de la falda de la misma ibáse notando el cambio de temperatura y la distinta clase de vegetación que la aridez del terreno exigía.

Acariciábanos un finísimo viento y nos atormentaba el chirrido de la *ephipigera* que delante de nosotros iba saltando entre las gramíneas y helechos.

Al fin pisamos la falda de *La mujer muerta* y entonces nuestra ascensión, que hasta aquel momento habíase hecho imperceptible, iba haciéndose algo penosilla. El barómetro bajaba visiblemente.

—¿Cuándo estamos en la falda? había preguntado repetidas veces á Gila, que me contestaba fijos sus ojos en algún insecto y con cierta sonrisilla burlona:—¡Tu siempre con tu afición á las *faldas*!

Llevábamos ya algunas horas de camino, cuando nos sentamos á descansar y á remojar las fauces en la parte de montaña comprendida entre el arroyuelo de las *Víboras* y el de la *Majada del conejo*.

A nuestra derecha ardía la jara que habían prendido los pastores, para que no ofreciera obstáculos á la marcha del ganado y ante nuestra vista veíamos á Segovia cercada de multitud de pueblecillos y de arboledas.

Por cima de nuestra población se veía una franja plomiza que era una nube de canícula.

En el sitio de montaña que ocupábamos, sentados sobre la jara teníamos que andar á bofetada limpia con los tábanos, que estaban más pegajosos que casero á últimos de mes.

Junto á nosotros estaba un pastor y más abajo, en el nacimiento de la falda, otro á quien llamamos para sacar de los dos una reproducción fotográfica.

¡A cualquier hora se acercaba á nosotros el pastorcillo y mucho menos cuando el amigo González se descargó del tripode y demás objetos que habían de servir para hacer la fotografía!

Después de mucho llamarle y merced á haberlo hecho también el otro compañero suyo, que se las echaba de más entendido, llegó á nosotros el pastor, más receloso que perrillo faldero que espera ser castigado por su dueño.

Colocados los dos pastores y yo en medio, era imposible enfocarnos porque Ezequiel, que así se

llamaba el receloso pastorcillo, no se estaba quieto creyendo que *aquello* iba á dispararse.

Terminó nuestro amigo su fotográfica tarea; hechó Gila mano al morral y repartió entre los pastores finísimas pastas de las que para nosotros llevábamos.

El primero de aquellos, las comió inmediatamente, pero Ezequiel, decía que nones: que aquello no lo había él visto nunca y que si no tenía veneno, debía andarle muy cerca.

Reímos la inocentada de aquel infeliz que, alejado de toda sociedad, iba al pueblo de ocho en ocho días á mudarse, á oír misa, á recoger el pan, el tocino, la cebolla para la semana y á ver á su *Jacintilla*, que así se llama su novia, con la que espera casarse en cuanto *cumpla* con el Rey.

¡Que envidiable es la ignorancia de esos seres para quienes el rencor no existe y duermen libres de cuidados y lejos de esta atmósfera de envidia y encono que en las ciudades se respira!

Ezequiel se considera feliz cuando tiene lleno su morralillo y se aproxima la hora de ver á su *Jacinta*; en cambio hay quien no se satisface con muchos millones que si le dan el regalo de que Ezequiel carece le quitan la felicidad de que el pastorcillo disfruta.

Pero dejémosnos de filosofías, que no por ser cursis dejan de ser menos ciertas, y continuemos nuestra interrumpida excursión.

Faldeando aquella montaña y dejándonos pedazos de pantalón entre la jara, llegamos después de dos horas de ascensión, al centro de la *Cancha* donde, guiados por las indicaciones que desde el cerro inmediato nos hacían los pastores, encontramos la fuente llamada *La deseada*, que, efectivamente, lo fué mucho para nosotros. Su agua trasparente y fría, calmó los ardores de la fatiga.

Sudando á más no poder y trepando por canchales interminables, pareciéndonos cojer con la mano la cúspide de la montaña, á la que nunca llegábamos, arribamos al fin á la una y cuarto de la tarde, al término de nuestra jornada.

¡Cuidado que ascendimos en poco tiempo! El barómetro que á nuestra salida de *La Losa* indicaba 677 mm. nos marcaba la presión de 602 en el término de la marcha; ¡Ni el militar de más intriga asciende tanto como nosotros en aquella ocasión!

II.

En la garganta de «La mujer muerta.»

Al llegar á ese sitio que desde aquí vemos como de imposible acceso, nos descubrimos con admiración, cual exploradores que tras de larga y estéril caminata encuentran lo que era objeto de sus investigaciones.

¡Que deliciosa perspectiva se presentaba ante nuestra vista!

Yo, que casi iba renegando de la excursión, sentí en aquel momento un inexplicable placer por haber ido.

Mirábamos el abismo allá abajo y lejos muy, lejos, percibíamos entre clara neblina á Segovia; las arboledas eran puntos negros; volvíamos hacia atrás la vista y veíamos brillar los nichos de los cementerios del Sur, de Madrid; después un horizonte como de mar, muy dilatado, en el que ya nada abarcaba nuestra vista.

¡Nos parecía estar sobre todo el mundo!

¡Allí si que no llegaban las pequeñeces y miserias mundanas! ¡Estábamos muy por cima de todo eso! (¡Y de todo lo otro!)

Se podía decir que casi tocábamos el cielo con las manos.

Allí el viento tenía ya categoría de huracán; había ascendido también, indudablemente.

Teníamos que encasquetarnos bien nuestros sombreros que nos amenazaban con echarse á volar en los insondables abismos de *lo infinito*.

Había momentos en que necesitábamos cerrar los ojos, pues nos acometía el vértigo de las alturas.

—Aprovecharnos—les decía yo á mis compañeros de excursión—por que nunca nos veremos en posición tan elevada.

En aquellas alturas no había ni pájaros ni insectos; solo enormes peñascos se levantaban escuetos y pelados, como constante amenaza de los pequeños pueblecillos que en la llanura se divisaban.

Estábamos en la garganta de *La mujer muerta* y la nariz de la misma se la veía á medio kilómetro de distancia. Los pies están formados por otra montaña, inmediata á la primera y á las que vemos desde aquí como una á continuación de la otra.

La mujer muerta tendrá unos 6 kilómetros de longitud ¡Es lo que se dice una real moza!

Tiene detrás de su cabeza á *Siete picos*, á su izquierda á *Peñalara* y las extrivaciones del norte de la cordillera, y á la derecha las sierras de Guadarrama.

Trascurridos los primeros momentos en que la admiración se apoderó de nosotros, el estómago nos recordó que teníamos que almorzar, como así lo hicimos, opíparamos por cierto, y libres de que algún importuno huesped nos visitase.

Nos colocamos entre dos rocas, de las varias que forman la garganta de *La mujer muerta*, para librarnos del viento, y allí como reyes y señores de aquel extenso territorio consumimos cuanto el morral contenía.

El vino fué el que se nos acabó demasiado pronto y debimos alegrarnos por que si no fácil habría sido que alguno de nosotros hubiera bajado todo aquello en un instante, y sin apenas sentirlo.

III.

La bajada.

Atormentábanos durante el almuerzo la idea de la bajada, que en verdad, no dejaba de ser peligrosa.

Decidimos hacerla directamente, atravesando todo el canchal, y hasta llegar al valle tardamos cinco horas.

Los pequeños trechos en que no había piedras estaban alfombrados de jara, que al haber sido quemada por los pastores, solo enseñaba el tallo ennegrecido, que se rompía al pisarle. Aquella serie de tallos, todos un poco encorvados, parecían uñas de diablos que allí habían enterrado, dejándoles los dedos á flor de tierra.

Todo el canchal le constituía el *gneis* pizarroso, perfectamente pulimentado, lo que nos proporcionó más de un resbalón, sin consecuencias desagradables que lamentar.

A causa de lo muy pendiente de la montaña nos parecía que el valle estaba próximo y que íbamos á llegar enseguida, pero ¡que si quieres!

Cuando emprendimos la bajada, teníamos á nuestra derecha la *Peña del Oso* y hasta trascurridas algunas horas no conseguimos verla por cima de nosotros. Parecía que no nos movíamos de un mismo sitio y que los terrenos de labor que allá abajo se veían eran alejados por mano mal intencionada.

Sentíamos sed y como barlándose de nosotros escuchábamos entre los enormes pedruscos deslizarse un arroyuelo, sin dejarnos ver sus transparentes aguas.

Aquel era el suplicio de Tántalo.

Rendidos, más que cansados, llegamos á la estación de *La Losa*, punto de nuestra partida, comentando las peripecias é impresiones de la expedición.

Estas excursiones á la sierra, ofrecen mucho que estudiar (1) y á ellas nos aficionáramos si las hiciéramos á menudo al ver, una vez en la cúspide de la montaña, que los trabajos del camino son compensados con el precioso panorama que ante nuestra vista se ofrece.

Además la excursión es muy barata.

Nuestro presupuesto de gastos no pasó de tres pesetas por individuo...y un par de botas.

Yo aconsejo á los lectores que vayan á *La mujer muerta* y si quieren que alguno, conocedor de aquel terreno, les acompañe avisen á Gila ó al Señor González, pero lo que es á mí ¡un demonio!

J. RODAIO.

Segovia y Agosto de 1889.

(1) Ya estamos haciendo los preparativos para otra á *Peñalara*; se admite alpinistas.

LA OPINIÓN PÚBLICA EN LA EDUCACIÓN COMÚN.

Si se llamase la atención del pueblo hacia la importancia y verdadera naturaleza de la educación común, no se haría esperar muchos años en la Nación el establecimiento de un sistema completo de escuelas.

La formación de una opinión pública correcta sobre este asunto es de la mayor importancia, porque la causa principal de todas las deficiencias de la actual educación escolar y el origen de los consiguientes males que sufre la sociedad, es una glacial indiferencia popular, más temible que cualesquiera otras causas combinadas. La oposición ocasiona discusión; la discusión, juiciosamente conducida, descubre la verdad; y las verdades de la educación, demostradas claramente á la inteligencia popular, inducirán á desplegar una acción eficaz. Sabido es que los hombres obran primero bajo la influencia de la clase de motivos que ellos pueden apreciar, y según reconocen los efectos benéficos de una reforma, tienen motivos mejores para obrar y hacen más constantes esfuerzos para perfeccionar; pero ningún importante adelanto general puede realizarse sin la correspondiente ilustración popular.

Cuando la mayoría de los individuos que componen cualquier comunidad llega á comprender la importancia de la educación, los mandatarios públicos cooperan más á mejorarla y difundirla. Las buenas leyes son importantes como medio de fomentar la instrucción general; pero si la opinión pública no las apoya, no producirán resultados provechosos. Antes que un perfeccionamiento considerable pueda efectuarse en las escuelas, ó que la asistencia á ellas sea más general, una buena educación común que forme mentes sanas en cuerpos sanos, que preste mucha atención al cultivo de las inteligencias, pero más al cultivo de los corazones, debe ser considerada como una *necesidad vital*.

Si las sociedades de amigos de la escuela se multiplicasen en el país, podrían hacer mucho para corregir los errores populares relativos á la educación, contribuyendo grandemente á la

formación de una opinión pública favorable á este asunto. Algunos existen, pero la utilidad de esta clase de asociaciones se aumentaría, si formasen parte de cada una de ellas miembros de las diversas profesiones científicas, estadistas, publicistas y las inteligencias principales de la localidad respectiva.

La celebración de los aniversarios nacionales debería ser un hecho común en las Escuelas Normales y en las de primera enseñanza; podría consistir en conferencias literarias ó artísticas, en las cuales, después del Himno Nacional, cantado por los alumnos, alternasen, con piezas de canto ó declamación, discursos patrióticos, debiendo ser el tema de uno de éstos, á lo menos, la importancia de la educación universal de un pueblo libre, como interés que envuelve todos los demás intereses y como medio de perfeccionar para las generaciones presentes, y perpetuar para las futuras, las instituciones de la patria.

Tales actos en las escuelas serían para el público un reconocimiento práctico de la importancia de la educación común, bajo un punto de vista civil y político una demostración de que los medios existentes para promover el adelanto intelectual y moral, no son adecuados para asegurar la estabilidad de un Gobierno, y una tendencia patriótica al noble fin de que no haya un solo individuo en los ámbitos del país que no conozca sus deberes y sus derechos como hombre libre, y que no posea virtudes para cumplir los unos y gozar moderadamente de los otros.

La necesidad de perfeccionar las Escuelas y de abrir anchamente sus puertas á todos los niños, nó ha de ser tema solamente de las sociedades de educación y de las celebraciones escolares de los aniversarios nacionales, sino que también debe ser frecuentemente demostrada al público, tanto por el sacerdote y el juriscónsulto, como por el legislador y el periodista, hasta que el pueblo comprenda generalmente la importancia de la educación, y esté dispuesto á hacer los sacrificios necesarios para asegurarla á todos los niños.

La opinión pública bien dirigida es el agente más eficaz que la enseñanza puede tener. Si

la tendencia prevaleciente de la sociedad es favorable al adelanto progresivo de la virtud y el saber—como base de la verdadera filosofía de la vida humana, y como digno estímulo de la concentración general de todos los intereses, pasiones y sentimientos—las inteligencias y los corazones tomarían insensiblemente esta dirección, los poderes morales asumirían su conveniente preponderancia y todas las facultades humanas cooperarían armoniosamente en sus esferas respectivas; pero si la consecución de la riqueza, el anhelo en busca de placer y las contiendas por subir á las regiones de los poderes públicos ú obtener distinciones, son los objetos principales de la ambición y concentran las fuerzas sociales, entonces el más perfecto sistema de educación común será ineficaz para asegurar su adopción general y producir resultados permanentes.

Hay pocas circunstancias y condiciones en que un ser humano pueda hacerse bastante independiente de la poderosa influencia que sobre su conducta ejercen las opiniones de los que le rodean y la opinión pública. Tenemos en nuestra naturaleza un principio que nos compele á modificar aún nuestras acciones más triviales, á formar gradualmente nuestro carácter y á moldear nuestros sentimientos, según el tipo que prevalece en la sociedad á que pertenecemos. La historia patentiza la presencia y los efectos de este gran poder, y los obstáculos que en todos los siglos ha interpuesto en los progresos sociales. Las inteligencias y las acciones de los hombres están tan insensiblemente asimiladas unas á otras, y es tan imperceptible el poder de la opinión pública concentrado en las instituciones, modos de pensar y ocupaciones diarias, que la menor innovación en el círculo trazado por los hábitos y las costumbres, produce asombro é indignación á todos.

Apelamos, pues, á la opinión pública solicitando su apoyo, para hacer que los beneficios de la educación común alcancen á todos los niños.

JOSÉ M. TORRES.

LOS VINOS ESPAÑOLES EN PARÍS.

El jurado de España para la administración de los productos de la industria vinícola en la Exposición de París, ha publicado en francés y en español un resumen de sus trabajos.

Precede al catálogo de los nombres de los expositores un sencillo preámbulo, enumerando las dificultades con que ha tenido que luchar para realizar la misión de que el jurado estaba encargado. Muchos inconvenientes se han vencido y aun cuando el resultado no ha sido tan satisfactorio como algunos esperaban, se han entregado para figurar en la Exposición productos representando 34 provincias, unos 180 pueblos, más de 400 expositores y cerca de mil muestras.

La tarea del jurado quedaría interrumpida y sus esfuerzos resultarían estériles si se limitase á la satisfacción de presentar muchos productos, obteniendo premios y menciones. Tiene que hacerse algo más para llevar á la realidad el progreso poco ó mucho realizado en los últimos años por la industria vinícola.

Las exposiciones y las recompensas deben tener mayor alcance que la pueril satisfacción de haber hecho un buen papel. Si, en efecto, nuestros vinos han mejorado, si se han vencido dificultades que antes se oponían á su exportación, todos estos progresos deben traducirse en un comercio mayor, en una extensión de mercados y en más facilidades para la venta.

Así lo emprende el jurado al consignar las siguientes frases:

«Cábele al jurado la satisfacción de haber contribuido, hasta donde lehan secundado, á una gran obra que espera y necesita ver realizada la viticultura nacional, aportando un cúmulo de datos exactos, escrupulosamente obtenidos y dignos de absoluto crédito, como no sucede siempre que se trata de estos imprecisos trabajos de detalle. Quizá el jurado, cons-

tituido en una ú otra forma, «continúe y complete la obra comenzada, si se ve auxiliado con la cooperación imprescindible de los vinicultores de todas las comarcas de España;» á estos toca, en tal concepto, decidir del éxito de una empresa que á nadie como á ellos mismos importa.»

Aquella antigua máxima de que *el buen pan en el arca se vende*, es en los tiempos presentes el peor de los consejos. Sin tener muchos caldos italianos las condiciones que los nuestros, monopolizan ya casi mercados tan importantes como el de Londres y otros. Si los vinos españoles, en Inglaterra como en el Báltico, son poco apreciados, débese exclusivamente á la incuria de nuestros vinicultores y á la falta de iniciativa para la creación de centros que se encarguen de popularizar estos y otros ricos productos de nuestro suelo.

Es digno de notarse que las provincias andaluzas y las islas Canarias, donde se producen los vinos más finos, han presentado muy pocas muestras. No es, pues, extraño que vayan perdiendo el crédito que desde épocas remotas habían conquistado. En cambio, Castilla la Nueva y Valencia no se han descuidado, enviando gran cantidad de vino, y en igual caso se hallan Valladolid, Zamora, Valencia y Zaragoza.

En cuanto tengamos noticia de los cosecheros de esta provincia que hayan obtenido premio, publicaremos sus nombres con gran satisfacción.

EL LIBRO Y LOS PERIODICOS.

La palabra libro se deriva de LIBER nombre que los latinos deban á una especie de membrana, ó tellilla que se encuentra entre la corteza exterior y el tronco de ciertos árboles, sobre la cual escribían los antiguos, y de ella formaban sus libros.

Estos consistían antiguamente en unas tiras ó bandas de dicha membrana, ó bien de papiro, de

pergamino, etc. las cuales encolaban unas á continuación de las otras. Escribíase en ellas solo por una cara, de izquierda á derecha como ahora se practica, dejando sucesivamente y á distancias iguales, espacios en blanco para que resultasen páginas escritas de un ancho semejante á las de nuestros libros modernos. Al extremo derecho de esta tira ó banda se pegaba una especie de bastón ó cilindro en el cual se enrollaba aquella larga y única hoja que componía el libro; y á este rollo llamaban los romanos VOLUMEN, cuyo nombre se aplica á nuestros libros aunque su forma es muy distinta.

Los volúmenes ó rollos solían guardarse en cajitas ó estuches cilindricos, en los que regularmente se escribía el título de la obra, y se colocaban en armarios contruidos á propósito que tenían muchas series de reparticiones ó cajoncillos.

Cuando se fué generalizando el uso del pergamino, se empezó á dar á los libros la forma cuadrada: mas no por eso se desterró enteramente el uso de enrollarlos como se ha indicado.

Entre los griegos los libros tenían también la misma forma.

Se cree que en Atenas había libreros que tenían tiendas públicas donde se reunían los literatos para leer las obras nuevas. Créese igualmente que en tiempo de Augusto fué cuando se introdujeron en Roma vendedores de libros, y que entonces se principiaron á ver librerías en aquella capital.

Entre los griegos y los romanos había muchos dedicados á la profesión de escribientes, que se ocupaban en copiar los manuscritos, único medio que entonces se conocía para reproducirlos y multiplicarlos.

En la decadencia del imperio romano la mayor parte de los libros que pudieron escapar del furor y rapacidad de los bárbaros, se conservaron en los claustros y si bien es cierto que algunos de aquellos interesantes manuscritos parecieron por la negligencia de sus poseedores, también lo es que muchos de ellos han llegado á nosotros conservados en los antiguos monasterios.

En algunos de estos para renovar ó reproducir los libros, se acostumbraba que ca la novicio copiara, antes de profesar, el libro que el superior le señalaba á cuya laudable práctica somos deudores de muchas obras preciosas de la antigüedad.

Antes de la invención de la Imprenta los libros escaseaban mucho; la adquisición de una obra de consideración era muy costosa y se vendía, dice un autor, lo mismo que una heredad ó casa por medio de escritura pública y bajo condiciones particulares.

El origen de los periódicos, como el de otras muchas cosas, ha sido materia de varias conjeturas y de discordes pareceres.

Green algunos que cuando empezaron á conocerse los periódicos en Europa, hacia ya bastantes si-

glos que existían en la China; porque como continuamente se puede observar, los chinos se han anticipado á nosotros en muchas invenciones útiles. En corroboración de esta opinión, se asegura que en aquel Imperio se publican de tiempo inmemorial dos periódicos por lo menos, siendo uno de ellos la Gaceta del gobierno, que se imprime diariamente en Pekín.

En cuanto á la época en que principiaron á publicarse en Europa, convienen todos en que fué en el siglo XVII: pero no en el año ni en el país en que este se verificó. No obstante, los más son de opinión de que á principios de dicho siglo empezó á publicarse en Venecia un periódico semanal, por el cual se pagaba una pequeña moneda llamada GACETA de donde tomó el nombre, y se presume que los venecianos tomarían quizás de los chinos la primera idea de su periódico.

Algunas de las ciudades principales de Europa no tardaron en seguir el ejemplo de Venecia; y en Paris el médico Teofrasto Renandot, empezó á publicar una Gaceta en 1631.

No faltan autores que ponen en duda lo referido y aseguran que habiendo ocurrido á Mr. Sallo el pensamiento de publicar un folleto semanal contra los literatos de su época, lo puso en planta siendo este el primer periódico que se imprimió en Europa el cual comenzó á salir el día 5 de Enero de 1565 bajo el título de *Diario de los sábios*.

Sea como quiera, lo cierto es que en el siglo XVII empezó la publicación de los periódicos en Europa, primeramente semanales y después más ó menos á menudo; y desde aquella época hasta la presente no han cesado de publicarse periódicos de todas clases, títulos y formas, los cuales se imprimen ahora en casi todos los países del mundo.

BIBLIOGRAFÍA.

De algún tiempo á esta parte se ha iniciado en Segovia cierto movimiento literario por el que debemos felicitarnos.

Los siguientes libros, de los que nos vamos á ocupar, aunque muy á la ligera, son patente prueba de lo que decimos.

Apuntes para una Guía de Segovia y su Provincia.—Es un libro de más de 380 páginas, que contiene datos muy curiosísimos de cuanto Segovia encierra.

En él se hace ligera reseña de los principales monumentos y una pequeña historia de los pueblos más importantes de la provincia.

Con este libro, que es muy útil por todos conceptos, ha dado su autor D. PEDRO HERNÁNDEZ USEROS, una prueba de ilustración y laboriosidad, dignas de elogio.

La primera declaración.—Así se titula un precioso monólogo en verso, de nuestro querido compañero en la prensa y colaborador, el fecundo y chispeante poeta D. JOSÉ RODAÑO.

Campea en dicho monólogo la gracia y sencillez que resaltan en cuanto publica tan aprovechado joven, quien ya es ventajosamente conocido en el mundo literario.

La primera declaración fué estrenada en el Teatro de Manzanares de esta capital, con el lisonjero éxito que merecía.

Felicitemos al Sr. RODAÑO quien trabaja mucho y con fruto.

Dicho monólogo se vende en todas las librerías de la población.

Apuntes históricos de Segovia.—De esta interesante obra, que con tanta aceptación publica el laborioso joven D. JOAQUÍN MOLINA Y RICO, se han recibido en esta SOCIEDAD los cuadernos 18 y 19.

Nos ocuparemos de ella cuando termine su publicación.

La Lira de la Infancia.—Es una colección de poesías morales é instructivas de la que en poco tiempo se agotó la primera edición, publicando otra segunda, ilustrada con numerosos grabados.

Dicha obra es de mucha utilidad para las Escuelas, pues contiene poesías muy sencillas é interesantes, de las que copiamos una en otro lugar de este número.

Felicitemos á su autor el festivo director de *La Tempestad* D. VICENTE RUBIO.

La Lira de la Infancia se vende en Segovia, Plaza Mayor, 28, al precio de 0'25 pesetas ejemplar.

El Acueducto de Segovia.—Así titula el SEÑOR DON ENRIQUE CORRALES, un bien escrito libro del que ha tenido la galantería de remitirnos un ejemplar.

Publica en él oportunas datos acerca de tan preciada joya, con el estilo elegante que avalora los escritos del que fué director de *El Alcázar* en esta población.

El libro del Sr. CORRALES, merece ser leído por los Segovianos.

S U E L T O S .

El día 29 de este mes comenzarán en uno de los salones de la Escuela de Artes y Oficios, las *Conferencias pedagógicas* que anualmente celebra el Magisterio de primera enseñanza.

Sabemos de uno de nuestros más queridos é ilustrados consocios, que se propone dar una interesante conferencia en la SOCIEDAD, en uno de los días del próximo mes de Septiembre.

Nos alegraremos que la noticia resulte cierta y que el buen ejemplo cunda.

De Portugal comunican una noticia digna de ser conocida en España.

La Cámara portuguesa ha aprobado una ley prohibiendo la importación en aquel reino de trigos exóticos. Esta prohibición no podrá ser levantada hasta tanto que los trigos del país alcancen un precio medio que pase de 60 reis, precio que equivale á 32 céntimos de peseta por kilogramo, ó lo que es lo mismo, unas 18 pesetas por cuartera de kilos 54'80.

La duración de este período de suspensión será fijada por el Gobierno lusitano, y cuando se permita la importación será mediante el elevado derecho de 20 reis por kilo, equivalentes á más de 11 pesetas los 100 kilos.

También queda prohibida la importación de harinas extranjeras, salvo en el caso de encarecerse el pan, llegado el cual, el Gobierno fijará los derechos que deban devengar las harinas exóticas, no pudiendo éstos ser superiores á 30 reis ni inferiores á 15 por kilo. Por último, el maíz pagará 18 reis por kilo, en vez de los 14 que ahora satisface.

Todos los Gobiernos defienden en cuanto está á sus alcances, las riquezas nacionales, menos este bendito nuestro aquejado de un libre cambio ruinoso.

Nosotros nos contentamos con bastante menos, que lo concedido por el Gobierno portugués, y no obtenemos más que una promesa de un recargo irrisorio, que prueba que estamos en lo justo, pidiendo lo que pedimos, pero que en nada aliviará la crisis que cada día se siente con más fuerza é intensidad.

Un dato de los presupuestos, ahora que tanto se habla de economías

Los gastos de material (papel, plumas, tinta, sobres, lápices, leña, esterado, azucarillos, bujías, etc.), de las oficinas centrales de los Ministerios, sin contar el de Ultramar, importan en el anterior ejercicio é importarán en el corriente, 7.129.480 pesetas.

Añádase á esta cantidad la de los gastos de material de los Cuerpos colegisladores, que suman 3 353.320 pesetas, y tendremos un total de 10.482.800 pesetas.

A fin de dar más variedad á esta REVISTA, en adelante publicaremos, no sólo artículos científicos, sino también toda clase de trabajos literarios que puedan contribuir á hacer más amena su lectura.

Para conseguir este objeto, en la última sesión celebrada por la SOCIEDAD, se nombró una numerosa Comisión de redacción, compuesta de los señores cuyos nombres figuran á la cabeza de este número.

V A R I E D A D E S .

U N M A L C O N S E J O .

Clemente le dijo á Alejo una noche:—Camarada; para reir, te aconsejo que al sombrero de ese viejo le tires una pedrada.

Y Alejo muy diligente, de una gran piedra echa mano; arrójala velozmente, hiriendo á otro pobre anciano que era..... ¡el padre de Clemente!

Cuando el hijo se enteró de lo que había ocurrido, lleno de asombro exclamó: —¡Alejo á mi padre hirió pero yo el culpable he sido!

De este relato ó historia, te hice, lector, un bosquejo: no des, pues, UN MAL CONSEJO, y conserva en la memoria lo de Clemente y Alejo.

VICENTE RUBIO.

Segovia: 1889.—Imp. de F. Santiuste.